

lla, fué la captura del general enemigo Asdrúbal, de Hannón y de Magón, nobles cartagineses. Magón pertenecía á la familia de los Barca, siendo pariente cercano de Asdrúbal. Hannón había sublevado á los sardos, siendo él indudablemente quien les había impulsado á emprender aquella guerra. No dejaron de contribuir también á hacer célebre este combate los desastres de los generales sardos. Hiosto, el hijo de Hampsicora, pereció en el campo de batalla; el mismo Hampsicora huyó con unos cuantos jinetes, y cuando, para colmo de desgracia, supo la muerte de su hijo, por la noche, para que nadie se opusiese á sus designios, se mató. Los demás se refugiaron de nuevo en Carno. Manlio, al frente de su ejército victorioso, puso sitio á la ciudad y se apoderó de ella en pocos días. Otras ciudades que se habían declarado por Hampsicora y los cartagineses dieron rehenes y se rindieron á discreción. Manlio, teniendo en cuenta los recursos de cada una, las castigó con una contribución en granos y dinero, y volvió con el ejército á Carales. Allí botó al mar sus naves largas, embarcó los soldados que había llevado, y regresó á Roma para anunciar que la Cerdeña estaba completamente sometida; entregó el dinero á los cuestores, los granos á los ediles y los prisioneros al pretor Fulvio. En esta misma época, el pretor Tito Otacilio, que con una flota de cincuenta naves, había pasado de Lilibea á África y devastado allí el territorio de Cartago, se dirigía hacia Cerdeña, donde decían que había marchado Asdrúbal al dejar las Baleares. Cuando encontró la flota cartaginesa que regresaba al África, trabóse ligero combate en alta mar y Otacilio capturó siete naves con sus tripulaciones. El miedo y una tempestad dispersaron las restantes. Por este mismo tiempo se acercó á Locres Bomilcar con soldados enviados de Cartago, elefantes y un convoy. Queriendo Ap. Claudio caer

sobre él de improviso, llevó apresuradamente su ejército á Messana, como si intentara visitar la provincia, y favorecido por el viento, pasó á Locres. Pero ya había partido Bomilcar para el Bruccio, con objeto de reunirse con Hannón, y los locrinos cerraron sus puertas á los romanos. Apio, después de muchos esfuerzos inútiles, regresó á Messana. En este mismo verano, Marcelo, desde Nola, que ocupaba, hizo frecuentes excursiones contra los hirpinos y los samnitas candinos, y de tal manera devastó la comarca por medio del hierro y el fuego, que renovó para el Samnio el recuerdo de sus antiguos desastres.

Los dos pueblos enviaron legados á la vez al cartaginés, á quien hablaron en estos términos: «Aníbal, en otro tiempo fuimos enemigos del pueblo romano, mientras nuestras armas y nuestras fuerzas pudieron sostenernos. Cuando confiamos poco en ellas, nos aliamos con el rey Pirro; abandonados por éste, aceptamos una paz que nos era necesaria; en este estado nos hemos mantenido durante cerca de cincuenta años, hasta el momento en que llegaste á Italia. Tu valor, tu fortuna, tu bondad, nos sedujeron entonces, y más que todo, la benevolencia especial con nuestros conciudadanos cautivos, á quienes nos enviaste; de manera que incólume tú, amigo y aliado nuestro, no hubiésemos temido, no digo ya al pueblo romano, sino que tampoco á la cólera de los dioses, si podemos hablar así. Hoy ningún peligro te amenaza, eres vencedor, estás cerca de nosotros, tanto que casi podrias oír los gemidos de nuestras esposas y de nuestros hijos al contemplar nuestras casas ardiendo, y sin embargo, viendo los estragos de que hemos sido víctimas más de una vez en esta guerra, parece que Marcelo y no Aníbal venció en Cannas; así es que los romanos dicen con orgullo, que enérgico para descargar el golpe, languideces una vez

clavado el aguijón. Durante más de cien años hicimos la guerra á los romanos, sin el socorro de ningún general, de ningún ejército extranjero, exceptuando dos años en los que Pirro, antes aumentó con nosotros las fuerzas de su ejército, que nos protegió con sus soldados. No quiero celebrar nuestra fortuna, no quiero hablar de dos cónsules, de dos ejércitos consulares que hicimos pasar bajo el yugo, ni de todo aquello en que conseguimos triunfo y gloria. En cuanto á lo que entonces tuvimos que experimentar de cruel y desastroso, el recuerdo nos es más fácil de soportar que las desgracias que nos abruman hoy. En aquellos tiempos, ilustres dictadores con sus jefes de los caballeros, los dos cónsules con los dos ejércitos consulares, invadían nuestro territorio; pero antes hacían reconocimientos, establecían reservas, conservaban el ejército entero bajo enseñas, cuando venían á talar nuestros campos. Ahora somos presa de corta guarnición destinada únicamente á la defensa de Nola. Y ni siquiera forman manípulos esos soldados, sino que á manera de ladrones, recorren nuestro país, con más descuido que si pasasen por territorio de Roma. Pues bien; la culpa es tuya, porque no nos defiendes, y porque retienes bajo tus enseñas á todos nuestros jóvenes, que nos protegerían si estuviesen aquí. Comprendo que sería desconocerte y desconocer á tu ejército pensar que sería difícil á quien deshace y pone en fuga á tantos ejércitos romanos, aplastar á esos merodeadores que vagan sin enseñas y andan allí donde les lleva la esperanza, aunque frustrada, de recoger algún botín. Algunos númeridas bastarán para esto, y de esa manera destruirás esa guarnición enviada contra Nola y contra nosotros, con tal de que habiéndonos creído dignos de ser aliados tuyos, no nos creas indignos de tu protección, después de concedernos tu amistad.»

«Aníbal contestó que «los hirpinos y samnitas lo hacían todo á la vez, mostraban sus pérdidas, pedían socorro y se quejaban de que se les dejase indefensos y sin protección. Que era necesario advertir primero, después pedir auxilio; y en fin, si el socorro se negaba, quejarse por haber implorado en vano. En cuanto á él, no llevaría el ejército al territorio de los hirpinos, ni al de los samnitas, por temor de tenerlos á su cargo; pero que acamparía tan cerca de ellos como pudiese, sobre el territorio de los aliados de Roma, enriqueciendo á sus soldados con el pillaje, mientras que por el terror llevaría al enemigo lejos de los hirpinos y los samnitas. En cuanto á la guerra con Roma, si la victoria del Trasimeno había sido más brillante que la de Trefia, y la de Cannas más que la del Trasimeno, con otra victoria más grande y más ilustre aún sabría eclipsar la de Cannas.» Con esta respuesta y cargados de regalos despidió á los legados; y él mismo, dejando algunas tropas en el campamento de Tifato, se dirigió á Nola con el resto del ejército. Hannón, por su parte, acudió del Brucio con los refuerzos y elefantes que había traído de Cartago. Aníbal se colocó cerca de la ciudad, y allí, después de tomar informes, supo cosas muy distintas de las que le había referido la legación de sus aliados. Nada hacía Marcelo de modo que se pudiese acusar de entregarse á la casualidad ó al enemigo; no salía á reconocer y talar el territorio sin fuerte escolta y después de asegurar bien la retirada. Había atendido á todo y tomado precauciones como si se encontrase delante de Aníbal. En cuanto se enteró de la aproximación del enemigo, mantuvo sus tropas detrás de las murallas, y mandó á los senadores de Nola pasear por las murallas y examinar lo que ocurría en el campamento enemigo. Entonces se acercó Hannón y pidió una entrevista á dos de ellos, Herennio Baso y Herio Pecio, quienes salieron con per-

miso de Marcelo, hablándoles Hannón por medio de un intérprete. Celebró extraordinariamente el valor y la fortuna de Aníbal, y rebajó la majestad del pueblo romano, del que decía iba envejeciendo lo mismo que sus fuerzas. «Y aunque sus fuerzas, añadía, fuesen hoy lo que eran en otro tiempo, después de experimentar cuán dura era para los aliados la dominación romana, cuánta bondad, por el contrario, había mostrado Aníbal con los prisioneros italianos, los habitantes de Nola, debían preferir la alianza y amistad de Cartago á la de Roma. Si los dos cónsules con los dos ejércitos estuviesen delante de Nola, no resistirían mejor á Aníbal de lo que le resistieron en Cannas; menos podrá defender la ciudad un pretor con algunos soldados bisonos. Mucho más importante era para ellos que Nola se entregase, y que no la tomasen por asalto. Aníbal se apoderaría de ella como se había apoderado de Capua y de Nuceria. Pero la diferente suerte de las dos ciudades debían conocerla los habitantes de Nola, colocados, por decirlo así, entre ellas. No quería predecirles las desgracias que caerían sobre su ciudad tomada por asalto; prefería prometerles que si entregaban á Marcelo con la guarnición de su ciudad, ellos solos arreglarían las condiciones con que ajustarían alianza y amistad con Aníbal.»

Herennio Baso contestó: «que desde muchos años existía entre el pueblo romano y el de Nola una amistad de la que, hasta entonces, ninguno había tenido por qué arrepentirse; que si habían querido cambiar con la fortuna, era ya demasiado tarde para hacerlo; que para rendirse á Aníbal, no hubiesen pedido guarnición romana; que todo era común y lo sería hasta el último momento entre ellos y los romanos, que habían venido para protegerlos.» Esta entrevista quitó á Aníbal la esperanza de apoderarse de Nola por traición, y rodeó, por tanto, la ciudad con sus tropas, con objeto de atacar las

murallas por todas partes á la vez. En cuanto le vió Marcelo bajo los parapetos, formó su ejército en batalla en el interior de la ciudad, lanzándose en seguida briosamente fuera de las puertas. En este primer choque fueron sorprendidos y muertos algunos cartagineses, pero muy pronto acudieron por ambas partes á reunirse con los combatientes; las fuerzas fueron iguales entonces y se anunció combate terrible. Hubiérase contado sin duda esta batalla en el corto número de las más memorables, si la lluvia que caía á torrentes no hubiese separado á los dos ejércitos. Después de un combate poco importante, que no hizo otra cosa que despertar el valor, los romanos entraron en la ciudad y los cartagineses en su campamento. Los cartagineses, sorprendidos al principio por aquella salida, habían perdido unos treinta hombres, los romanos ni uno. Toda la noche continuó lloviendo sin interrupción y hasta la tercera hora del día siguiente. Así, pues, aquel día, á pesar de su vehemente deseo de venir á las manos, los dos partidos se mantuvieron en sus fortificaciones. Al día siguiente envió Aníbal tropas que talasen el territorio de Nola. En cuanto lo observó Marcelo, salió en seguida en batalla; Aníbal no retrocedió. Una milla próximamente separaba la ciudad del campamento, y en esta explanada (porque todo es llano alrededor de Nola) se trabó la acción. Los gritos lanzados por una y otra parte llamaron al combate, que ya estaba comprometido, á las cohortes más inmediatas de las que habían salido á talar los campos. Los habitantes de Nola á su vez se reunieron al ejército romano. Marcelo les alabó mucho; pero les mandó que permaneciesen con la reserva, retirar los heridos y no mezclarse á la batalla si no les daba la señal.

El combate estaba equilibrado; todos desplegaban energía, los jefes para animar á los soldados, los soldados para pelear. Marcelo grita á los suyos que rechacen viva-

mente al enemigo; que aquellos son los mismos hombres á quienes habían vencido hacía tres días y que poco antes habían sido rechazados de Cumas; que él mismo, el año anterior, con otro ejército, les había arrojado de enfrente de Nola. «No están todos en el combate; los merodeadores recorren los campos, y los que pelean están enervados por las delicias de Capua, por el vino, por las cortesanas, por un invierno entero de desórdenes. Ya no conservan el vigor, la energía de otro tiempo: han perdido aquella fuerza del cuerpo, aquel valor que les hizo atravesar los Pirineos y los Alpes. Ya no son más que los restos de aquellos cartagineses, apenas capaces hoy de sostener las armas y sostenerse ellos mismos. Capua ha sido Cannas para Aníbal. En Capua han perecido para siempre su valor, su disciplina, su antigua gloria y sus esperanzas para lo venidero.» Con estas palabras tan depreciativas para el enemigo, procuraba Marcelo animar á los suyos. Aníbal dirigía á los cartagineses reconvenções mucho más amargas aún, diciendo que reconocía sin duda las armas, las enseñas que había visto, que había dirigido en el Trevia, en Trasimeno y últimamente en Cannas; pero sin duda había llevado á invernar en Capua otro ejército que el que acababa de sacar de allí. ¿Es un legado romano, una sola legión, un ala sola de caballería la que no podéis resistir con todos vuestros esfuerzos, vosotros á quienes jamás pudieron resistir dos ejércitos consulares? ¿Será la segunda vez que nos ataque Marcelo con soldados bisonños y algunos habitantes de Nola sin que les hagamos arrepentirse? ¿Dónde está aquel soldado que arrancó de su caballo al cónsul C. Flamínio y le cortó la cabeza? ¿Dónde está el que mató á L. Paulo en Cannas? ¿Están enmohecidas vuestras lanzas? ¿Ocurre aquí algún prodigio? En otro tiempo, inferiores en número, estabais acostumbrados á vencer; hoy, en gran número

contra un puñado de hombres, apenas podéis resistir. Valientes en palabras, os vanagloriabais de tomar á Roma por asalto, si alguno os llevaba allí. Ahora el asunto es más fácil, pero quiero probar aquí vuestra fuerza y vuestro valor. Apoderaos de Nola, ciudad en la llanura, sin río, sin mar que la proteja; y cuando os encontréis cargados con los despojos de una ciudad tan opulenta, os llevaré, os seguiré adonde queráis.

Ni alabanzas ni reconvenções robustecieron su valor. Por todas partes fueron rechazados; mientras que los romanos se animaban con las exhortaciones de sus jefes y con los gritos de los habitantes de Nola, que les mostraban así su buen deseo y alentaban su ardor en el combate, los cartagineses volvieron la espalda y fueron rechazados á su campamento. Los soldados romanos querían sitiárlas allí; pero Marcelo les hizo regresar á Nola en medio de los alegres vítores y aclamaciones del mismo pueblo que antes se inclinaba á los cartagineses. El enemigo perdió aquel día cinco mil hombres, cogiéndoles seiscientos con diez y nueve enseñas y dos elefantes. Los romanos no tuvieron mil muertos. El siguiente día, por tácita tregua, se empleó en enterrar los muertos de cada bando. Marcelo quemó los despojos del enemigo, en cumplimiento de un voto que había hecho á Vulcano. Tres días después (creo que por disgusto ó con esperanza de mayor paga) mil doscientos sesenta jinetes númeridos y españoles se pasaron á Marcelo, y durante aquella guerra, tuvieron muchas ocasiones los romanos de congratularse de su valor y fidelidad. Terminada la guerra, los españoles recibieron tierras en España y los númeridos en Africa, en recompensa de su valor. Aníbal envió desde Nola al Brucio á Hannón con las tropas que había traído, y él mismo marchó á invernar en la Apulia, deteniéndose cerca de Arpi. En cuanto supo Q. Fabio que Aníbal había partido para la Apulia,

hizo llevar trigo de Nola y de Nápoles al campamento situado sobre Suesula; reforzó las fortificaciones, y dejando bastantes tropas para defenderle durante el invierno, acercóse á Capua, entrando á fuego y sangre en la Campania; hasta el punto de que los campanios se vieron obligados, aunque no confiaban mucho en sus fuerzas, á salir de la ciudad y establecer un campamento en la llanura bajo sus murallas. Tenían seis mil soldados; su infantería era mala, y algo mejor su caballería, por lo que la empleaban siempre en hostigar á los romanos. Había en Capua multitud de caballeros muy distinguidos, pero el más valiente de todos, sin duda alguna, era Cerrino Jubelio, denominado Taurea. Este era también ciudadano romano. Tal era su superioridad, que en el tiempo en que servía en el ejército romano, un solo hombre, Claudio Asele, le igualaba como jinete. Un día le buscó largo rato con la vista Taurea al frente de la caballería enemiga, que recorría á caballo: en todas las filas reinaba silencio: Taurea preguntó: «¿dónde está Claudio Asele? Después de disputarle por tanto tiempo con palabras la superioridad, ¿por qué no venía á combatir y á dejarle ricos despojos si era vencido, ó tomar los de Taurea si quedaba vencedor?»

Comunicaron el reto á Asele, que se encontraba en el campamento, y solamente se detuvo para preguntar al cónsul si le permitía combatir fuera de las filas al enemigo que le provocaba. Obtenido el permiso, coge en seguida las armas, avanza á caballo más allá de las guardias, y llamando á Taurea, le grita que le espera para combatir en el paraje que él mismo elija. Multitud de romanos habían acudido para presenciar la pelea, y las fortificaciones de los campanios y hasta los muros de la ciudad estaban cubiertos de espectadores. Aumentando el interés del espectáculo con sus orgullosos desafíos, los dos adversarios enristraron sus lanzas y pi-

caron las caballos; pero como el espacio estaba libre, el combate se prolongaba sin lesión de los adversarios. Entonces dijo el campanio al romano: «Combatirán los caballos y no los jinetes si no nos retiramos de esta llanura. Entremos en ese camino hondo: ahí no podremos esquivar los golpes y nos atacaremos de cerca.» Apenas lo dijo, lanzó Claudio su caballo al camino; pero Taurea, más valiente en palabras que en obras, exclamó: «¡Espera á que yo arroje mi caballo en un foso!» Dicho que ha venido á ser proverbial en los campos. Claudio, después de recorrer por largo tiempo el camino en toda su extensión sin encontrar á su enemigo, volvió á la llanura acusándole de cobardía, y regresó vencedor al campamento en medio de aplausos y felicitaciones. Algunos relatos añaden á este combate de dos caballeros una circunstancia verosímil, puesto que generalmente se cree, pero que en realidad es maravillosa: dícese que Claudio, persiguiendo á Taurea, que huía hacia la ciudad, entró por una puerta que había quedado abierta, y salió por otra, sin que los enemigos le tocasen: tan estupefactos estaban.

Desde entonces permanecieron inactivos los dos campamentos y hasta el cónsul se retiró algo, para que los campanios pudiesen sembrar sus campos, no realizando daños en el territorio hasta que las mieses estuvieron bastante altas para forrajear. El forraje lo trasladaron al campamento de Claudio sobre Suesula, donde hizo construir barracas para que el ejército pasase allí el invierno. Mandó al procónsul M. Claudio que no dejase en Nola más que la guarnición necesaria para su defensa, y que enviase el resto del ejército á Roma, con objeto de evitar cargas á los aliados y gastos á la república. También trajo T. Graco sus legiones de Cannas á Luceria, en la Apulia. Desde allí envió á Brundisium al pretor M. Valerio con el ejército que mandaba en-

tonces en Luceria, y le encargó la protección de las costas de los salentinos y atender á todo lo que se refería á Filipo y la guerra de Macedonia. Al terminar este verano, en el que ocurrió lo que acabamos de referir, recibíéronse de Publio y Cneo Escipión cartas en las que anunciaban los felices é importantes triunfos que habían conseguido en España. Pero al mismo tiempo decían que no tenían dinero para las pagas, que el ejército carecía de ropas y de trigo, y las tripulaciones de la flota, de todo lo necesario. Que en cuanto al sueldo, si el tesoro estaba exhausto, procurarían conseguir dinero de los españoles; pero que todo lo demás habían de enviarlo de Roma y muy pronto; que este era el único medio de conservar el ejército y la provincia. Después de la lectura de las cartas, todos reconocieron la verdad de cuanto decían y la justicia de las peticiones; pero se pensaba también en los inmensos ejércitos de mar y tierra que sostenían, y en la nueva y considerable flota que habría que equipar muy pronto si estallaba la guerra con Macedonia. La Sicilia y la Cerdeña, que antes de la guerra pagaban sus tributos, apenas podían mantener los ejércitos que las ocupaban; el impuesto tenía que bastar á todos los gastos, precisamente cuando el número de los que lo pagaban había disminuído, por las enormes pérdidas que habían tenido los ejércitos en el Trasimeno y en Cannas; si agobiaban con sucesivos impuestos al corto número de los supervivientes, sucumbirían bajo esta nueva calamidad. Así, pues, el crédito solamente podía sostener á la república y no sus propios recursos. Necesario era que el pretor Fulvio se presentase en la asamblea del pueblo, que le hiciese patente las necesidades del Estado, y que comprometiese á los ciudadanos que habían aumentado su caudal en el manejo de los fondos públicos, á que prestasen por algún tiempo dinero al Estado que les había enri-

quecido, y á que suministrasen al ejército de España todo lo que necesitaba, á condición de que se les pagaría los primeros en cuanto hubiese fondos en el tesoro. Tal fué el discurso del pretor al pueblo; añadiendo además qué día adjudicaría el suministro de ropas y víveres para el ejército de España, y también de cuanto necesitasen las tripulaciones de la flota.

Cuando llegó el día se presentaron tres sociedades, compuestas de diez y nueve ciudadanos, que se encargaron de los suministros, exigiendo dos condiciones: que quedarían exentos del servicio militar mientras durase aquel servicio público, y que el Estado les garantizara contra el enemigo y las tempestades, todo lo que embarcasen. Concedidas estas dos condiciones, se encargaron de los suministros, y este servicio se hizo con el dinero de los particulares. Estos sentimientos, este amor á la patria, unían con indisolubles lazos á todas las clases del pueblo. Generosamente se aceptaron todos los contratos, y todos se ejecutaron con escrupulosa fidelidad, como si el tesoro público los hubiese sostenido con toda su opulencia como en otro tiempo. Cuando llegaron los convoyes, Asdrúbal, Magón y Hamílear, hijo de Bomílear, sitiaban á Iliturgi, que había pasado á los romanos. Los Escipiones, después de un encarnizado combate en el que exterminaron á cuantos se oponían á su paso, llegaron á través de los tres campamentos hasta la ciudad de los aliados, y la proveyeron de trigo cuando mayor era la escasez. Exhortando entonces á los habitantes para que defendiesen las murallas con tanto valor como habían visto á los romanos combatir por ellos, llevaron su ejército al mayor de los tres campamentos, que era el de Asdrúbal. Viendo los dos generales cartagineses que el lance era decisivo acudieron con sus ejércitos, comenzando la batalla en cuanto salieron las tropas del campamen-

to. Aquel día tenían en línea los enemigos sesenta mil hombres y los romanos unos diez y seis mil, y sin embargo, tan poco dudosa fué la victoria, que los romanos mataron más enemigos que combatientes tenían. Cogiéronles más de tres mil hombres, cerca de mil caballos, cincuenta y nueve enseñas y siete elefantes, habiendo matado cinco en el combate. Los romanos se apoderaron de los tres campamentos: quedó levantado el sitio de Illiturgi, pero los ejércitos cartagineses marcharon á ponerlo á Intibili. La provincia había llenado los huecos de sus filas; siendo de todas la más ávida de guerra, con tal de que pudiese esperarse botín ó buena paga, y en aquella época su población era muy numerosa. Los ejércitos trabaron otro combate con iguales resultados que el anterior. Los enemigos perdieron más de trece mil hombres, cogiéndoles más de dos mil con cuarenta y dos enseñas y nueve elefantes. Entonces casi todos los pueblos españoles pasaron á los romanos, y en esta época los acontecimientos de España fueron mucho más importantes que los de Italia.

FIN DEL LIBRO XXIII.

LIBRO XXIV.

SUMARIO.

Jeronimo de Siracusa abraza el partido de los cartagineses.—Sus súbditos le asesinan.—El procónsul T. Sempronio Graco derrota á los cartagineses mandados por Hannón.—Sitio de Siracusa por el cónsul Claudio Marcelo.—Declaración de guerra á Filipo, rey de Macedonia.—Derrota y fuga del rey.—P. y Cn. Escipión consiguen ventajas sobre los cartagineses en España.—Alianza con Sifax, rey de Numidia.—Derrotado por Masinissa, rey de los masilienos, pasa al país de los maurusienos.—Admítense á los celtíberos como aliados de Roma.—Recibe por primera vez la república soldados mercenarios.

Cuando regresó Hannón de la Campania al Brucio, guiado y ayudado por los brucios, intentó apoderarse de las ciudades griegas, que perseveraban con tanto más empeño en la alianza con los romanos, cuanto que veían con los cartagineses á los brucios, á quienes á la vez odiaban y temían. La primera tentativa se dirigió contra Regio, empleando allí Hannón algunos días inútilmente. Entretanto transportaron apresuradamente los locrinos desde sus campos á la ciudad el trigo, la leña y todas las cosas necesarias á la vida, con el propósito también de no dejar al enemigo nada que pudiese utilizar. Diariamente era más considerable la multitud que